



PREMIO
DE NOVELA
HISTÓRICA
ALFONSO X
EL SABIO

Premio 2005

ÁNGELES DE IRISARRI

1886-1907

Romance *de* ciego

A finales del siglo XIX, la acaudalada e influyente familia Arriazu vive los cambios sociales que se producen en España con el advenimiento y generalización del ferrocarril, del teléfono, la luz eléctrica, el cine y el automóvil. Los señores aceptan gustosos el progreso que la llegada de los nuevos inventos supone para la vida cotidiana, pero sus criados recelan de la utilidad de semejantes novedades.

Las protagonistas de esta novela conducen el hilo de la narración y son ellas las que marcan la dirección, el peso de los acontecimientos y las que se atreven a cambiar las situaciones. En una palabra, son ellas las que desean forjar su propio futuro, aunque no siempre lo consiguen... Porque la vida es como es, y la suerte o la desgracia la dirige a su antojo y, en consecuencia, no pueden escapar al destino que las enreda, a todas, en su madeja.

En este nuevo mundo recién nacido, que preludia el siglo XX, tanto las mujeres de casa Arriazu como las que habitan fuera de ella, aman, sueñan, odian, lloran, sufren, ríen, bailan, leen y se divierten, tomando parte activa en el pequeño universo que les ha correspondido vivir, cada una con sus desvelos, tristezas, alegrías, secretos, pecados y pecadillos.

Ángeles de Irisarri, ateniéndose a los hechos históricos, recrea con fidelidad la compleja atmósfera social, política y económica de la época, consiguiendo en *Romance de ciego* una novela en la mejor tradición de la narrativa contemporánea, léase Balzac, Galdós o Leopoldo Alas «Clarín».

*A Manuel Comabella Mas,
viejo amigo y lector.*

Esta obra resulto ganadora del Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio 2005, convocado por Caja Castilla La Mancha y mr ediciones, Grupo Planeta, y fallado por un jurado compuesto por Fernando Delgado, Ana María Matute, Martín Molina, Felipe Pedraza, Soledad Puértolas, Eugenia Rico, Juan Sisinio Pérez y Pablo Álvarez como secretario.

La autora no se hace responsable del uso de los remedios médicos contenidos en este libro.

Romancillo de ciego

Escuchen señores y damas,
oigan mozos y mozas
de boca del ciego Antonio
toda la historia de Cosma.
Sepan todos los presentes
que no escuchó los secretos
que de ella se guardaban
en sus propios aposentos.
Por eso no escapó a su destino,
que la enredó en su madeja,
porque la vida es la vida
y la suerte la maneja...

1

Doña Olimpia de Castresana, señora de Arriazu, tras cepillarse su largo y rubio cabello ante el espejo del tocador y hacerse el moño, se colocó la mantilla, se pellizcó las mejillas para que tomaran color, se asentó bien el polisión, recogió la cola del vestido en la mano, con aquella gracia que Dios le había dado, tomó el devocionario y echó a andar por el largo pasillo de su casa con paso firme. En la entrada, la esperaba, aviada para salir, Eusebia, su doncella, que le dio los buenos días y le franqueó la puerta. Ambas se persignaron ante la imagen del Sagrado Corazón que protegía la vivienda de todo mal, y bajaron las escaleras con tiento, no fueran a trompicarse, pues que había poca luz.

Ya en la calle, dejaron atrás la casa de la plaza de la Constitución, 3, la del café Suizo, y enfilaron el Coso, donde saludaron al sereno, al cruzarse con él, y luego la calle de Alfonso I. Se dirigían al santo templo del Pilar para oír misa de Infantes, holgadas de tiempo y antes de que hubiera comenzado el trajín habitual en la ciudad de Zaragoza.

A ver, que Olimpia, cinco años ya casada y sin hijos, tenía hecho voto de ir todos los días, fuera invierno o verano, a la temprana misa por pedir favor a la Virgen para quedarse encinta, consciente de que la Señora había tenido un Hijo, el mejor hijo del mundo, y que no la abandonaría en aquella situación de desespero. De desespero, sí, porque, tragándose la vergüenza, había pedido opinión a varios médicos de la ciudad que la habían hecho examinar por

acreditadas parteras y ninguna había encontrado daño o carencia en sus entrañas y, aunque le habían recetado baños de asiento, jarabes, sellos, gotas y hasta sahumeros y esto y lo otro, los remedios no le hacían el más mínimo favor. Por eso andaba algunos días casi desesperada y a punto de ponerse a buscar fuentes milagrosas por todo el territorio nacional e incluso más allá de los Pirineos, pese a que no le gustaba viajar. Y, a momentos, desdeñando la ciencia de los galenos, hasta se mostraba dispuesta a consultar a alguna curandera o bruja que le aplicara auxilio antiguo o le hiciera encanto o ensalmo o conjuro, si menester fuere, que la dejara embarazada.

Caminaban ama y criada con paso vivo en razón de que, antes de entrar en el santo templo, daban vuelta al recinto, desafiando la fuerza del viento por la parte del Ebro los días en que soplaba cierzo, que era a menudo, por ver si alguna perdularia había abandonado a su hijo recién nacido a la caridad de los canónigos o de la buena gente. Pero no, no, que ya llevaban dos años rodeando la iglesia antes de las seis de la madrugada sin encontrar nada.

Y, una vez más, nada hacía pensar que en aquel día, 26 de septiembre de 1886, festividad de San Cosme y San Damián, todo había de cambiar en la vida de Olimpia y en la de todas las personas que moraban en el piso principal de la plaza de la Constitución, 3. Nada hacía prever que aquella jornada no hubiera de ser tan anodina como la de ayer, pues el cielo estaba en su lugar de siempre, se respiraba calma por doquiera y la dama andaba ni más ni menos ensimismada que cualquier otra mañana, recordando quizá lo que se comentó en su casa, en la tertulia de ayer noche, sobre el cuartelazo del general Villacampa, ocurrido en Madrid diez fechas atrás. O tal vez preguntándose por enésima vez qué hacía yendo a misa de Infantes. O rememorando las palabras, siempre las mismas, del doctor López-Tass, su médico de cabecera:

—Adopte usted un niño o niña del hospicio, doña Olimpia, hay muchos hijos de doncellas necias o engañadas...

—No, doctor, no...

O las de don Dionisio, fraile jesuita y su confesor, que resultaban siempre las mismas también:

—Confórmate, hija mía, con los designios de Dios... El Señor da a unos mucho y a otros poco... A ti no te ha dado hijos todavía, pero sí abundantes bienes de fortuna... No te puedes quejar...

O las de su marido, las mismas también:

—Reza, haz novenas... Ve a San Nicolás, a Santa Rita, a la Virgen del Pilar...

—Ya lo hago, me paso el día de iglesia en iglesia...

—Insiste, querida.

Y sí, Olimpia insistía e iba a diario a oír misa de Infantes y, a más de prometer una fortuna en limosnas a la Corte Celestial, ya tenía ofrecidas aquel mes, por no remontarse más atrás, veinticinco pesetas a la Virgen del Pilar y treinta a Santa Rita, abogada de los imposibles —cuya imagen se venera en la parroquia de la catedral de La Seo—, y entregadas otras tantas. Y, por presionar a una y a otra, no pensaba darles un ochavo más a ninguna de las dos en lo que quedaba de mes, poco ya.

Y en ésas andaba Olimpia, Eusebia a su lado sin abrir la boca, cuando, nada nuevo, las dos avistaron al final de la calle de Alfonso I el perro del ciego Antonio. Nada nuevo, porque el animal, jornada tras jornada, las esperaba ojo avizor, sentado en el centro de la vía, en virtud de que le llevaban un mendrugo, que devoraba con ansia para saciar su mucha hambre. Pero aquel día, apenas las vio, el bicho corrió hacia ellas a la carrera, más alocado que otras mañanas y ladrando como endemoniado, tanto es así que a las dos mujeres les produjo miedo. Y fue que llegó el can hasta ellas y, a Dios gracias, no arremetió contra ellas ni les hizo nada pero, vaya, que Eusebia sacó el mendrugo que llevaba en la mano envuelto en un paño, buen mendrugo, casi

media hogaza, y fue que el animal, contra su costumbre, lo despreció, vaya por Dios. Y, tras dar unos saltos de volatinerio delante de ellas y echarse a correr y volver, invitándolas a que fueran con él, como las otras no reaccionaban y no lo seguían, tan cerca de doña Olimpia estaba que de un pisotón le desgarró la falda y ésta comprendió, a la par que la criada, que el perro le estaba diciendo algo, aunque maldita la gracia que le hizo la forma de avisar del bicho, pues se había puesto un vestido bueno y aquella bestia le había destrozado la falda, vive Dios, una falda de encaje de organza que le había costado sus buenos duros.

Las dos mujeres siguieron al chucho que, llegado a los jardines, comenzó a aullar, a gemir y a escarbar entre la hojarasca. El caso es que de entre los setos se levantó Antonio, el ciego, el amo del can, que siempre dormía allí, al sereno. Y, vaya, que, sin desperezarse siquiera, le entregó a Olimpia un hatillo que sacó de un cesto con tapas, de esos que se utilizan para transportar gallinas. Y fue que la dama tomó en sus brazos lo que el hombre le daba con el mayor cuidado, con tanto o más cuidado que si hubiera recibido un ramo de rosas, sólo fuera por guardarse de las espinas.

El caso es que hasta Eusebia adivinó enseguida qué entregaba el ciego a su señora. Lo que tanto tiempo llevaba esperando: una criatura recién nacida, pues antes de sacar el fardo del cesto las dos oyeron un gemido y, naturalmente, a las dos les dio un vuelco el corazón. Mucho más cuando, retirado el envoltorio —un retal de áspera manta—, constataron lo que contenía: una criatura diminuta y desnuda que movía la cabeza con desesperación en busca de teta; muy meada, además.

—¡Es una niña, señora! —exclamó Eusebia, que le había revisado las partes bajas, tocando, pues que había poca luz.

La señora se sonrió como hacía meses, años, que no se sonreía y la apretó contra su pecho, haciendo lo que hacen todas las madres cuando la partera les entrega el hijo que

han parido y, como si nunca hubiera dicho que no quería un niño del hospicio o de origen desconocido, la apretó fuerte, y miró a su criada a los ojos y otro tanto al ciego Antonio, que ya extendía la mano para recibir el ochavo que la señora le daba cada mañana, presto a encaminarse a la plaza del mercado a echarse al colete un vaso de vino, su desayuno. Pero, de repente, Olimpia se volvió y miró en derredor como queriendo descubrir, cerca o lejos, alguna cosa entre las primeras luces del alba, a la par que ordenaba a Eusebia:

—¡Mira si hay alguna mujer por aquí!

—No hay nadie, señora. Pero se ve poco...

—Mira bien. Seguramente la madre rondará por acá por ver quién recoge a su hija...

—Esperemos a que amanezca del todo, señora... Es mala hora... Además, el farolero ya está apagando las luces...

A punto estuvo Olimpia de ordenarle al perro: «¡Busca!», pero desechó el pensamiento, no quiso abundar en aquella emoción, rayana en locura, que se estaba adueñando de todo su ser, por eso, recuperando la sensatez, dijo:

—¡Ea, vamos a casa, Eusebia! ¡Deprisa...! ¡Déjale el pan al perro, que se lo ha ganado, y saca un duro de mi manguito para el ciego...! ¡Dile que mañana le daré mucho más...! ¡Ea, aviva el paso...!

La madre que buscaban aquellas mujeres había estado muy cerca de ellas, escondida detrás de un árbol y presenciando la escena, la entrega, vaya. Llevaba otra niña en brazos, gemela, por más señas, de la que el ciego Antonio había dado a la dama. Pues resultó que la dicha madre, de nombre Flora Melero, no era otra que la entretenida, la querida —dicho pronto—, la querindonga —dicho sin remilgos—, de Luis Arriazu, el cual le pasaba una renta mensual y hasta le había puesto piso dos años antes.

La Flora le había llevado las dos niñas recién nacidas al ciego para que se las entregara a Olimpia de Castresana, a la sazón, y por esas casualidades que la vida tiene, esposa de su amante y benefactor, un rico y próspero banquero. Lo había hecho porque la señora, cinco años casada y sin descendencia, anhelaba un hijo y tan ansiosa estaba por conseguirlo que, seguro, no le importaría que fueran dos. Pues, tan deseosa estaba Olimpia de hacer carne de su carne que, a diario, iba a misa de Infantes a pedir favor a la Virgen que se hacía de rogar, al parecer.

Por eso Flora, al quedarse encinta de Luis, tras desechar la posibilidad de abandonar al fruto de sus entrañas en el torno de un convento o depositarlo en el hospicio municipal, pensó en hacer llegar a la criatura a la Castresana, a sabiendas de que sería bien recibida, bien cuidada y sobre todo querida, lo que más precisa todo ser humano. Lo decidió después de renunciar a abortar por remordimientos de conciencia y por tener más sujeto al banquero dándole un hijo, pues el financiero le proporcionaba buen dinero y le hacía muy buenos regalos. Cierta que un día, estando en la cama con él, le comentó sus planes. Pero el hombre no quiso saber nada del asunto y le razonó, porque Flora llegó a ponerse harto cargante, que Olimpia, su esposa, se enteraría, pues que lo malo llega a saberse siempre, incluso antes que lo bueno.

Y no hubo forma ni manera de que la componenda que pretendía Flora, lo de hacerle llegar el niño o niña a Olimpia mediante algún subterfugio, fuera aceptada por el banquero, que sostuvo que no era solución, sino complicación. Y eso que ella insistió en que era un magnífico arreglo para ella, para Flora, porque, colocado lo que viniera, niño o niña, en una casa de bien, ella, libre de obligaciones y responsabilidades, podría dedicarse a su carrera artística y hasta llegar a triunfar como cantante de zarzuela —lo que más ansiaba en este mundo—, e hizo hincapié en que también resultaría una excelente solución para Olimpia, pues,

poniéndole lo que viniere a la mano, es decir, dándole un hijo, satisfaría sus anhelos de maternidad con un niño o niña, que, si bien no sería de su vientre, lo era del vientre de su marido, es decir, del hombre que amaba sobre todas las cosas. Pues, ¿no había tenido Olimpia que porfiar con su propia madre, a quien Luis no le había parecido el mejor de los partidos, dado que, aunque era hombre honesto, trabajador y bien plantado, no tenía dinero de su casa? Porque Olimpia podía aspirar a más, a casarse incluso con un marqués en vez de hacerlo con él. ¿O no?

—Además, Olimpia no se enterará. Cojo al niño, lo envuelvo en un trozo de manta como si fuera pobre, lo dejo en la puerta de tu casa y llamo a la aldaba de madrugada, un golpe, plon —para el principal—, y me echo a correr.

—No se te ocurra.

—¡Ay, hijo, cómo eres! Haz un esfuerzo y quédate con lo que es tuyo...

Pero el hombre movía la cabeza y se enfurecía, pues había otros problemas, al parecer, o tal creía:

—Ya me gustaría a mí saber de quién es.

—Te lo juro por Dios, Luis, es tuyo —sostenía la cantante con vehemencia.

—¡Deja a Dios y cállate, mentirosa...! ¡Es del anarquista...!

—¡Te juro que no!

—Pago yo tu manutención y alojamiento y encima me pones cuernos —gritaba Luis, nervioso, quitándose y poniéndose el monóculo, aquella lente de un solo ojo inventada por el príncipe de Sagan que todo el mundo llevaba por influjo de la moda, la necesitara o no la necesitara.

—Te juro que no, que nunca te he puesto cuernos.

—¡No mientas, que lo vi salir de tu casa, de mi casa quiero decir...!

—¡Te juro...!

—¡Me voy, me voy, porque voy a emprenderla contigo a bastonazos!

Así, o parecido, salía Arriazu de casa de su querida y no volvía en muchos días, aunque no dejaba de pasarle la renta. Tiempo que empleaba Flora, a más de en verse engordar, en madurar su proyecto, un plan propio del mejor *libretto* de zarzuela.

A ver, traía al mundo a la criatura, mejor un varón para que nunca en su vida tuviera que pasar por las incomodidades del embarazo ni por los dolores del parto, terribles y desgarradores, según le informaba su propia madre, que, a regañadientes al cumplir la novena falta, la admitió en su casa —una modesta parcela situada en el barrio de Montañana—. A ver, paría, sufriendo todos los dolores que la maldición divina tuviera reservados para ella y, en cuanto pudiese andar, ¡qué andar, correr! —pues habría de emprender loca carrera de la plaza de la Constitución hasta su casa —, llamaba en lo más oscuro de la noche a la aldaba de Arriazu con un golpe fuerte y sonoro, plon; dejaba al niño o niña, lo que fuere, en la puerta, y echaba a correr como perseguida de Satanás. No, deteniéndose un poquico, lo justo para ver cómo una de las muchas sirvientas de los Arriazu abría el portón del portal, cogía al niño en brazos, y lo cerraba. E imaginar que lo subía al piso y se lo entregaba a Olimpia, para luego, alertadas las demás criadas, participar con el pensamiento en la alegría de la dama y hasta en la de Luis, que, aunque sospechara de la mano y maña de su entretenida, no podría sustraerse al alborozo de su mujer.

De este modo, estaba dispuesta a darle las cosas hechas al banquero que, enredado en una trama propia del mejor folletín, habría de aceptar al niño para no descubrirse adúltero. Lo que era.

Y eso, todo eso pensaba hacer, pese a que no estaba segura de que el fruto de sus entrañas fuera obra de Arriazu o de Pedro Infante, su antiguo novio anarquista, hombre de ideas raras, que había trabajado de apuntador en el teatro Circo, donde se representaban las mejores zarzuelas de

la temporada y los éxitos de siempre, y donde ella cantaba y actuaba.

El Pedro, ay, que, aunque había comprendido que Flora —que era ambiciosa y ganaba cuatro perras cantando— se hubiera ajustado de entretenida de un hombre acaudalado, no había aceptado ser relegado en el corazón de Flora y, pese a la existencia del banquero, se había hecho el encontradizo con ella, la había rondado y había llamado a su puerta a cualquier hora del día para que lo dejara entrar y hasta le había susurrado palabras de amor desde el rellano de la escalera.

Ella, dada su situación y sabiendo que los hombres no consienten infidelidades, se había negado a recibirle y hasta a hablarle, no porque hubiera dejado de amarle, no, que Pedro sería siempre el amor de su vida, sino porque vivía a expensas del financiero y no precisamente mal. Pero fue que un día, como el Pedro le hablaba desde el rellano y empezaba a alborotar, para que no le oyeran las vecinas y le fueran con el cuento a Luis, le abrió la puerta y se dejó engatusar con palabras y promesas, y hasta llevar a la cama se dejó. El Pedro, sin saber siquiera que podía ser el padre de lo que había comenzado a crecer en el vientre de su novia, pronto fuese a Barcelona con promesa de regresar a buscarla, determinado a afiliarse a un sindicato con afán de mejorar las condiciones de vida de la clase obrera en todos los lugares de España y, en caso de que los patronos no entraran en razón, dispuesto a hacer estallar bombas por doquiera.

Claro que también el niño o la niña podía ser del próspero Arriazu, dado que, por las mismas fechas, se había acostado con ella con regularidad. Y lo que se dijo entonces y lo que se diría muchas veces:

—Mejor con un banquero que me pone casa y me pasa una renta que me permite dejar de malvivir, pues con las dos pesetas por función que gano ahora de telonera en el

género chico, no me llega. A más, que él con sus influencias me ayudará a llegar a ser figura de cartel.

Y eso, le endilgó la criatura a Arriazu, que, sin la menor alegría, aceptó su embarazo y hasta le dio dineros para que la asistiera una comadrona en el parto. Le endosó la criatura, no sin razón, ni mucho menos, pues Luis tenía al menos el cincuenta por ciento de posibilidades de ser el padre, dado que se acostó con los dos hombres por los mismos días, como dicho es.

Y tal tramó desde el cuarto mes de gestación, cuando se enteró —por decires o maldecires que escuchó de boca de las comadres de los puestos del mercado— de que Olimpia de Castresana, acompañada de una criada, iba a misa de Infantes todos los días y que daba la vuelta al templo por ver si alguna madre desesperada había abandonado el fruto de su vientre. Claro que, como su amante no quería participar en el enredo, cambió de planes y pensó dejar lo que pariese en el camino de la dama. Por eso la siguió, la observó hablar con el ciego Antonio, rodear el Pilar, entrar en el templo y atender a misa durante varios días seguidos y, ya el primero, se dijo:

—Ésta es la mía.

Cierto que sopesó qué sería mejor, si dejarla en una de las puertas traseras de la iglesia o dársela al ciego acompañada de un duro, pues el sujeto, aunque invidente, sabía distinguir muy bien los dineros, y se decidió por lo segundo no fuera que, por hacer lo primero, algún perro vagabundo se comiera a la criatura, y eso no.

Claro que antes de hacer todo lo que tenía previsto hacer debía ponerse de parto. Cosa que hizo el 23 de septiembre, día de comienzo del otoño, con mucho dolor como primeriza que era, en casa de su madre, en la casucha del barrio de Montañana donde ella nació, lejos de la calle de las Armas para evitar murmuraciones por allá, negándose también a contratar una comadrona, para que nadie, nadie, supiera de su pecado. Alumbró asistida por su madre,